

(Sale el Ventero con una estaca en la mano y su Mujer con él.)

Digo, marido mío, que esa gente
se vaya con los diablos, que no quiero
que estén más en la venta.

¿Qué os han hecho,
que estáis con ellos dese modo agora?
Estanme echando todos bernardinas,
pidiéndome imposibles por momentos.
¿Qué os piden, por mi vida?

Disparates:

los átomos del sol, el ave Fénix
y la leche de todas las Cabrillas.
¿No veis, mujer, que aqueso es regodeo,
y siempre se acostumbra por las ventas
echar pullas a todos?

Yo lo creo; pero yo nunca gusto desas pullas,
que soy peor que el diablo si me enojo.

Dejemos eso ya, por vuestra vida,
y vamos a lo que hay de nuevo agora.

El mercader de Ocaña se ha partido
y pagó el hospedaje y la cebada.

Y el arriero de Sevilla, ¿es ido?

Por no tener herrado el macho rucio,
no se partió denantes con los otros.

De comida, ¿qué hay?

Medio carnero,
un pieza de vaca y seis chorizos,
y un pernil de tocino.

Con aquello

y aquesos palominos, pasaremos
hasta que venga Antón con las gallinas.

Parece que a la venta llega gente.

Dos pícaros son, desarrapados,
que vendrán a pedir de venta en venta.

Hagámonos a un lado, y va de cuenta.

(Hácese a un lado el Ventero y su Mujer y salen a lo pícaro don
Quijote de la Mancha y Sancho Panza, su escudero, lo más ridículo
que ser pudiere, y don Quijote salga con una lancilla y morrión de
papel.)

Gracias a Dios, amigo Sancho Panza,
que después del discurso de mi vida,
donde he peregrinado tantas veces,
he llegado al castillo deseado
adonde está encantada aquella infanta,
espejo de beldad y de belleza.

Aquesta más parece alguna venta
del tiempo de Pilatos, que otra cosa.
Mal sabes donde estás, Sancho querido,
pues no ves el castillo deseado,
lleno de piezas y de tiros de oro,
donde he de ser armado caballero
por mano desta infanta deseada.

Si todo lo que pides y desees
te viniera a las manos, yo imagino

que fueras en el mundo otro Alejandro.
Yo espero, Sancho Panza, en la fortuna
que tengo de salir con esta empresa,
sacando a Dulcinea del Toboso
del castillo encantado donde asiste
en poder de gigantes y de leones.
Primero quedaremos hechos piezas
a manos de villanos forajidos,
que siempre nos persiguen y atropellan
con chuzos, con ballestas y asadores.
Después de haber pasado estos naufragios
verás el fin que tengo destas cosas,
y cómo entro triunfando por la Mancha
como entró por su Roma Julio César.
Mira bien lo que haces, don Quijote,
no demos por tu causa de cogote.
De presto te acobardas, Sancho Panza.
¿No sabes que este bravo valeroso
ha dado muestra en tantas ocasiones
del valor y la sangre que en sí encierra?
Lo que podré decir es que anteanoche
me dieron por detrás cuatro bien dados,
porque quise volver por tu persona.
Hiciste como noble caballero;
todo lo tengo puesto por memoria;
ninguna cosa perderás conmigo,
que eres mi reconcomio y mi bodigo.
¡Plegue a Dios que después no lo lloremos
en algún hospital, cuando tengamos
abiertas por ventura las cabezas!
Con eso dejaré nombre en la Mancha.
Hartas manchas tenemos sin que busques
otra mancha mayor para dejalla.
Digo que es linda gente, por mi vida,
la que ha llegado agora a nuestra venta:
medraremos con ellos.
Por tus ojos
que procures hacer que aquí se alleguen,
pues reposan agora nuestros huéspedes
y está la venta quieta.
Que me place.
Ya pienso que ha salido del castillo
el noble castellano que le guarda.
Quiero probar, amigo, mi ventura.
¡Plegue a Dios que no pague tu locura!
La paz de Jerjes sea con vosotros,
valerosos gigantes denodados.
Vengan muy noramala los bribones.
De presto nos han dicho lo que somos.
No hay sino que tomemos el camino
antes que nos despidan y nos digan:
“Piquen al pueblo, amigos, que aquí hay pulgas”.
El deseo tan grande que he tenido
de venir a probar mi fuerza heroica,

ha sido la gran fama que ha corrido
por todas las provincias y ciudades
de la beldad y gracia de la infanta
Dulcinea del Toboso; y así vengo
a probar, como debo, mi ventura,
que espero en la fortuna y en el tiempo
que tengo de salir con esta empresa.
Por cierto, caballero, que me huelgo
de veros con tal ánimo y propósito,
que está la triste infanta deseando
que venga algún extraño caballero
a probar su ventura a este castillo,
por ver si su valor y fortaleza
e dan la libertad que ha deseado.
Mas antes que consiga aqueste intento
se ha de armar caballero en esta plaza,
porque de otra manera es imposible
desencantar la fuerza de su encanto.
¡Vive Dios, que sospecho que al ventero
le ha pegado, sin duda, don Quijote
la enfermedad que tiene aquestos días,
que todo se le va en caballerías!
Si no falta más que eso, castellano,
vengan luego las armas y el estoque
con que he de ser armado caballero,
que yo quiero velarlas esta noche
por dar principio a tan heroica hazaña
y levantar mi nombre en todo el mundo.
¡Plega a Dios que con estas aventuras
no quedemos los dos después a oscuras!
¿Qué os parece, señora, desta gente?
Que el rey puede gustar de sus donaires.
Id, castellano, luego por las armas,
que las quiero velar, como es costumbre
entre hidalgos y nobles caballeros.
Pues esperad aquí mientras las traigo,
y digo a Dulcinea del Toboso
el pensamiento vuestro y su ventura.
Decidla de mi parte mil requiebros,
y cómo estoy perdido por sus ojos,
que apenas veré el sol de su belleza
cuando cobre valor y fortaleza.
Esperad, caballero.
Que me place.
Decidle a Dulcinea del Toboso
que estamos pereciendo de hambre entrambos;
que nos envíe algunas zarandajas,
que tenemos las tripas hechas rajadas.
Yo haré lo que mandáis, nobles Alcides.
Tu pensamiento con mi gusto mides.
(Vanse el Ventero y su Mujer.)
¿Qué te parece, amigo Sancho Panza?
¿No somos de ventura?
Sí, por cierto.

Dame ya por señor deste castillo
y esposo desta infanta, por quien muero.
¿Es hermosa, señor?
No hay en el mundo
mujer más celestial ni más hermosa.
Su frente es de marfil, sus ojos soles,
los cabellos son oro de la Arabia,
los labios de coral, sus dientes perlas,
la barba bella más que la escarlata,
y toda junta viene a ser de plata.
Pues ¿hasla visto alguna vez por dicha?
Yo, no; nunca.
Pues dime, ¿cómo sabes
que tiene aquesas partes Dulcinea?
Parécemelo a mí.
¡Gentil locura!
¡Plega a Dios que no sea algo patoja,
tuerta de un ojo y de nariz longísima,
que suele haber por estos atochares
mujer que mata de un regüeldo a un hombre.
Por extremo has andado, Sancho Panza.
Soy hombre de valor y de crianza.
(Sale el Ventero con unas armas de esparto o de guadamací, de modo
que provoquen la risa.)
Veis aquí, caballero, vuestras armas;
no hay sino que os pongáis luego al momento
a velarlas en esta plaza misma.
Digo que yo obedezco lisamente;
pero ¿qué respondió la bella infanta
de que supo que estaba en estas selvas
el noble don Quijote de la Mancha?
No sabré encarecer, noble manchego,
el gozo que sintió cuando le dije
el principal intento que os traía
a esta selva remota o a este páramo.
¿Qué tan grande solaz ha recibido
de saber que he venido en su defensa?
Es locura pensar encarecello.
¡Oh, Dulcinea hermosa! ¡Oh, bella infanta!
¡Quién nos viera a los dos en una manta!
Quedad con Dios, ilustre caballero,
y el hado os favorezca en esta empresa.
Yo velaré las armas esta noche.
En sabiendo que es hora vendré luego
a armaros caballero a sangre y fuego.
(Vase el Ventero y pone don Quijote las armas en medio del tablado.)
Ayúdame a velar aquestas armas,
porque si Dios después te da ventura,
sepas el orden que se guarda siempre
cuando alguno se arma caballero.
Presto lo pienso ser, y dar principio
a la hazaña famosa que me espera.
Y yo pienso que entrambos quedaremos
con aquesta locura que emprendemos.

Andemos por aquí.

Yo quiero echarme

y dormir a placer como los pícaros,

que no quiero estar hecho un estafermo,

que, si no como y duermo, estoy enfermo.

(Échase a dormir a un lado en el suelo Sancho Panza, y anda don Quijote alrededor de las armas, a modo de velarlas, y mirando a una parte y a otra, dice este soneto.)

Paredes tenebrosas y escurísimas,

rejas de hierro fuerte y celebrísimo,

escuchad, si queréis, mi mal intérico,

si es que estáis a mi pena piadosísimas.

Pero, ¡ay de mí!, que os hallo muy altísimas

y tengo aqueste pecho tan pulquérico,

que, aunque quiera llorar mi mal acérico,

os hallo siempre crueles y durísimas.

Decidle de mi parte al sol clarífico

de aquesa bella infanta por quien ándigo

de la misma color que están los dátiles,

que me muestre su pecho más magnífico,

que no es razón que tenga el rostro pándigo

quien goza de unas luces tan errátiles.

(Dice dentro el Arriero, sin salir afuera.)

Hola, Marina, ¿dónde está el caldero?

Junto a la puerta está.

Yo no lo hallo.

Pues ahí lo dejé.

¡Lindo por cierto!

Esta es la voz divina de la infanta.

Quiero ponerme al pie destas vidrieras

ara gozar del eco de su boca

que en el alma me bulle, corre y toca.

Ven a enseñarme donde está, Marina, que no está por aquí.

¡Gallardo ingenio

tiene la lumbre de mis bellos ojos!

Miren por qué camino tan extraño

me ha querido decir que está a la mira

para gozar de mis famosos hechos.

(Sale el Arriero con el caldero y tropieza en las armas y desbarátaselas.)

¡Lleve el diablo al borracho que aquí puso

todo aqueste embarazo!

¡Oh vil andante!

¿Cómo te has atrevido desa suerte

a deshacer las armas valerosas

del noble don Quijote de la Mancha,

espejo de los príncipes del mundo?

Pero, pues cual villano te atreviste,

como villano has de morir agora.

¿Sabe lo que ha de hacer si está borracho?

Irse a dormir la zorra entre esos trigos,

que le haré cuatro partes la cabeza

si disparo del brazo este caldero.

Hombre que a tales cosas se ha atrevido,

merece que le pase aquesta lanza.
(Dale con la lanza al Arriero, y él repara el golpe con el caldero.)
Si es loco, por la pena será cuerdo;
tome el borracho.
¡Ay Dios, que muero
a manos de un gigante calderero!
Recuerda presto, amigo Sancho Panza,
dese sueño agradable y salutífero,
que me cercan el cuerpo mil gigantes
y me han hecho pedazos las corazas.
(Levántase alborotado.)
¿Qué es eso de gigantes, señor mío?
Dame la mano, Sancho, por tu vida,
que no me puedo alzar.
Pues no es de gordo,
que, por vida de Sancho, que ha ocho días
que no comemos a derechas nunca.
Todo saldrá después de la colada.
Eso será, señor, cuando te veas
pegado a la pared como gargajo;
pero ¿qué destrucción es la que habido,
que parece que estás descolorido?
Heme visto cercado de gigantes,
de tigres, de leones, de panteras
y puesto en gran peligro.
Pues ¿qué es de ellos?
Tragóselos la tierra, Sancho Panza.
Otro día nos tragará a nosotros.
Volver quiero a velar las reales armas
antes que vuelva el castellano noble
a armarme caballero, como ha dicho.
Mejor fuera dejar esas locuras
y volvernos a casa poco a poco
antes que te persigan como a loco.
Si esta grandeza alcanzo, Sancho Panza,
al cuello te he de echar una cadena.
¡Plega a Dios que algún día no me vea
por tu temeridad y tu locura,
metido en una sarta de galeotes,
rapadita la barba y los bigotes!
(Vuelve a salir el Ventero con un estoque viejo.)
Ya es hora, gran señor, de que os armemos
y gocéis como tal el sacro título
de caballero noble.
Pues si es hora,
comiéntense al momento, castellano,
las reales y invencibles ceremonias.
Las armas vengan, pues están veladas.
También vuesa merced, señor ventero,
nos pudiera velar, que nos morimos
ambos a dos de hambre.
¡Calla, necio!
Hincaos, pues, de rodillas.
Que me place.

(Vale armando el Ventero.)

¿A qué se obliga el noble caballero
que se tiene por tal?

A muchas cosas.

A no pagar jamás lo que debiere,
a gastar, mal gastado, el mayorazgo;
a jugar, a putear, a darse a vicios,
y no emplearse nunca en buenas obras.
Vuestro paje, señor, es muy satírico.
Tiene donaire en cuanto dice y habla.
Y si callo, no soy más que una tabla.

¿Queréis ser caballero?

Sí, quiero.

¿Queréis ser caballero?

Sí, quiero.

¿Queréis ser caballero?

Sí, quiero.

(Dale tres golpes con el estoque y levántase don Quijote.)

Dios os haga, señor, gran caballero.

Y a mí me dé paciencia en tales cosas.

¿No estás contento, Sancho?

Más quisiera

el asno que vendí que tus locuras.

Después verás el fin de mis venturas.

(Sale la Mujer del Ventero.)

La infanta Dulcinea del Toboso

viene, señor, a veros.

Ella sea

como el agua de mayo bienvenida.

¿Viene todo trazado como dije?

Ya vienen todos con chacota y fiesta,

y Marina, la moza de la venta,

sale que es un contento.

Pues ¿qué aguarda?

Solo el aviso tuyo.

Pues comience,

que a fe que ha de ser fiesta nunca vista.

(Toquen atabalillos, y salen los Músicos delante, y detrás dellos
cuatro pícaros de figurillas, y otros cuatro con un palio hecho de
una manta vieja, y debajo dél Marina, la moza del vente
ro, vestida a lo ridículo.)

Dulcinea y don Quijote

son dos reyes de almodrote.

Sea vuestra excelencia bien venido.

Y vuestra majestad muy bien hallada.

¿Cómo está esa persona?

Pesadísima

de los muchos trabajos que he pasado

en el largo discurso de mi vida;

pero todo lo doy por bien gastado

respecto de haber sido por tu causa.

Yo he estado con catarro cuatro veces

del agua que he bebido en el camino,

y de estar al sereno algunas noches.

Lleguen los grandes de mi reino y corte
a besaros la mano.
Sea en buena hora.
(Van llegando y besándole la mano con mucha cortesía.)
Este que llega es el señor de Sarna,
sangre ilustre del Sabañón barbado.
Es don Quijote muy lisiado dellos.
Yo le tendré por mi pariente siempre.
Este es el cangilón de Capadocia;
come muy bien solomos y morcillas,
y otras cosas de puerco.
Hame agradado.
A mí ni más ni menos, porque gusto
de semejantes príncipes.
Aqueste
es el gran condestable Papanduja.
Pues échenle entre pajas, no se pierda.
Este es el almirante de Modorra.
Con ella estuve yo los otros días.
Caballeros ilustres, nobles hombres
del reino y corte de mi dulce esposa,
en mí tendréis un rey aplacentísimo.
Y en mí tendréis un flaco escuderísimo.
¡Vivas, señor, mil años!
Todos sean
para el servicio de este sol de hebrero.
¡Víctor a don Quijote, Víctor, Víctor!
Vamos hasta el Alcázar, caballeros,
que ya es razón que nuestro rey descanse.
Guiad, pues, a palacio, caballeros,
y sígase la letra comenzada,
dando fin a mi empresa deseada.
(Cantan los Músicos.)
Dulcinea y don Quijote
son dos reyes de almodrote.
A aquesta venta llegaron
don Quijote y Sancho Panza,
y por su buena crianza,
todo el mundo conquistaron;
y tanto se señalaron,
que no les quedó bigote.
Dulcinea y don Quijote
son dos reyes de almodrote.